



Introducción: el lugar donde tiemblan los elegidos

Muy pocos lugares en el mundo despiertan tanto misterio, humildad y sobrecogimiento como **la Sala de las Lágrimas**, ese pequeño recinto oculto dentro del Vaticano que no aparece en los recorridos turísticos ni en las postales. Sin embargo, es allí —en medio del silencio, la oración y el temblor del alma— donde un hombre es confrontado por la inmensidad del encargo divino que acaba de recibir: ser el Sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo en la tierra.

Este cuarto, tan discreto como profundamente simbólico, se convierte en un espacio espiritual que **representa el cruce entre la humanidad y la responsabilidad sagrada**, entre el hombre y la misión apostólica. No es solo el lugar donde el nuevo Papa se cambia de ropa tras ser elegido; es el lugar donde el Espíritu Santo toca el alma de quien ha sido llamado, donde brotan las lágrimas no de debilidad, sino de amor, temor de Dios y entrega total.

Pero ¿por qué debería interesarnos a nosotros, fieles de a pie, este pequeño cuarto secreto? Porque **la Sala de las Lágrimas no es solo un lugar físico en el Vaticano**, sino una realidad espiritual que todos estamos llamados a habitar en distintos momentos de nuestra vida.

¿Qué es exactamente la Sala de las Lágrimas?

Ubicada junto a la Capilla Sixtina, esta pequeña estancia recibe su nombre popular —no oficial— por un fenómeno profundamente humano y espiritual: **muchos Papas han salido de allí con lágrimas en los ojos**, conscientes del peso del ministerio petrino. Uno de los casos más conocidos es el del Papa Juan XXIII, quien —tras ser elegido— fue llevado allí para revestirse con la sotana blanca. Al contemplar el hábito papal y tomar conciencia de su elección, **rompió a llorar**. Lo mismo se ha dicho de otros Pontífices, incluido Benedicto XVI, quien habló de su elección como “una guillotina”.

Allí se encuentran tres juegos de sotanas papales (en talla pequeña, mediana y grande), junto con un espejo, una mesa, una cruz, y lo más importante: **el silencio de Dios, que lo dice todo**.



Dimensión teológica: lágrimas que purifican y consagran

La tradición católica ha entendido las lágrimas como **una expresión del alma ante lo sagrado**. San Agustín, en sus *Confesiones*, habla de las lágrimas como “el lenguaje del corazón que Dios entiende”. Y en la Escritura, las lágrimas ocupan un lugar central:

“Tú llevas la cuenta de mis lágrimas en tu odre; ¿acaso no están anotadas en tu libro?” (Salmo 56,9)

El llanto en la Sala de las Lágrimas no es fruto de una emoción superficial. Es, más bien, **un eco del Getsemaní**, donde Jesús, sabiendo lo que iba a padecer, también lloró. No fue debilidad, sino obediencia dolorosa, libremente abrazada:

“Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” (Lucas 22,42)

Así también el nuevo Papa, en ese cuarto, debe responder al mismo dilema: ¿aceptará cargar la cruz que se le ofrece? ¿Tomará sobre sus hombros el rebaño de Cristo? ¿Se abandonará al Espíritu Santo?

Las lágrimas en ese momento no solo limpian el alma: **la consagran**.

Relevancia espiritual para nosotros hoy

Aunque la mayoría de nosotros jamás entraremos en esa sala vaticana, **todos tenemos nuestras propias «salas de las lágrimas»**. Son esos momentos de decisión radical, de miedo, de discernimiento vocacional, de pérdida, de rendición o de llamada interior.

Puede ser:

- Cuando una madre reza por su hijo enfermo.
- Cuando un joven decide seguir una vocación religiosa.



- Cuando un padre de familia es despedido y no sabe cómo alimentar a su casa.
- Cuando un sacerdote experimenta la noche oscura del alma.
- Cuando una persona llora en el confesionario, consciente de su pecado, pero aún más de la misericordia divina.

Es ahí donde nos encontramos con Dios cara a cara. **Ahí se derrumban nuestras seguridades humanas, y sólo queda la gracia.**

Una guía teológico-pastoral: cómo vivir nuestra propia “Sala de las Lágrimas”

1. Acoge el silencio

El silencio no es ausencia, es **presencia sin palabras**. Cuando estás en una encrucijada, guarda silencio. No llenes el vacío con ruido. El Espíritu habla suave:

“Después del terremoto, un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Y después del fuego, una brisa suave.” (1 Reyes 19,12)

En tu oración, **busca ese susurro**. Apaga el móvil. Cierra la puerta. Haz espacio para que Dios te hable.

2. No temas llorar

En una cultura que valora el éxito, el control y la imagen, **llorar parece una derrota**. Pero en la lógica del Evangelio, las lágrimas pueden ser sacramentales. Purifican, humanizan, acercan a Dios.

No temas romperte delante del Señor. Como decía Santa Teresa de Jesús:

“Derramar lágrimas delante de Dios no es flaqueza, sino don del Espíritu.”



3. Discierne con humildad

En tu sala interior, **pregunta con sinceridad**: “Señor, ¿qué quieres de mí?”

No se trata de lo que tú deseas lograr, sino de lo que Dios quiere obrar en ti. La elección del Papa es un misterio de elección divina; **nuestra vocación también lo es**. Cada quien es llamado a su propia cátedra de amor, su propio Calvario fecundo.

4. Reviste tu alma

En la Sala de las Lágrimas, el Papa se reviste de blanco. Tú también estás llamado a **revestirte del hombre nuevo**, como dice San Pablo:

| *“Revestíos del Señor Jesucristo” (Romanos 13,14)*

Eso implica dejar el ego, la soberbia, el pecado, y abrirse a la humildad, la caridad, la obediencia.

5. Sal con la misión clara

Una vez atravesado el temblor, el nuevo Papa sale al balcón. ¿Y tú?

Debes **salir al mundo** con la conciencia de haber sido enviado. La Sala de las Lágrimas no es un fin, sino un inicio. Cuando salgas de esa crisis, de esa oración profunda, de esa confesión transformadora, **no vuelvas igual**.

Inspiración final: el Papa como ícono de nuestra propia conversión

Ver a un hombre llorar antes de vestir el blanco pontificio nos recuerda algo esencial: **la grandeza del servicio no elimina el temor, pero lo transfigura**. El Papa, en ese momento, no es sólo jefe de Estado. Es padre. Pastor. Siervo de los siervos de Dios.



Así también cada uno de nosotros está llamado a ocupar ese rol en su entorno: ser luz, guía, consuelo, aunque cueste.

Conclusión: entra tú también en tu Sala de las Lágrimas

Tal vez hoy no haya elección papal. Pero sí puede haber una elección divina sobre ti. Tal vez no haya una sotana blanca, pero sí un hábito de amor que te espera. Tal vez no haya cardenales votando, pero sí ángeles esperando tu sí.

No temas llorar delante de Dios. Él no desprecia un corazón contrito.

Porque las lágrimas, cuando nacen de la fe, no ciegan: **iluminan**.
Y porque en cada lágrima, Dios escribe una promesa.

“*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.*”
(Mateo 5,4)

¿Y tú? ¿Has entrado ya en tu propia Sala de las Lágrimas?

¿Estás dispuesto a dejar que Dios te vista con Su voluntad, aunque tiemble tu corazón?

No esperes a ser Papa para decirle al Espíritu Santo: **“Aquí estoy, Señor, haz en mí según tu Palabra.”**